

ERNESTO SALAZAR, *ENTRE MITOS Y FÁBULAS: EL ECUADOR ABORIGEN*,
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, QUITO, 1995, 236 pp.

El análisis de esta obra se centra en temas pertenecientes a la época precolombina, y tiene como antecedente un trabajo publicado en 1988. Sin embargo, en la presente edición, el autor incorpora varios capítulos y reescribe otros, a fin de dar cuenta de los recientes avances académicos de la historia, etnohistoria y arqueología sobre un período que, como ya lo anticipa el título del libro, permanece en buena medida desconocido.

El libro consta de once capítulos, que de acuerdo a las temáticas tratadas deben ser divididos en dos partes. En la primera, a la que corresponden los capítulos primero al séptimo, se ocupa de seguir la pista a la confusa historia precolombina plagada, según su autor, de "mitos y fábulas" sobre el origen del hombre ecuatoriano y una contradictoria "quitología", relacionada con todo lo escrito, en favor o en contra sobre la existencia del Reino de Quito. En la segunda parte, desde el capítulo octavo al décimo primero, se adentra en el mundo de los tesoros perdidos con una crónica de la huaquería y destrucción de los recursos culturales del país.

La primera parte, sin duda, contribuye a llamar la atención sobre la enseñanza de la historia en la escuela, el contenido de los programas de estudio y de los textos escolares. De igual forma, resulta indudable el llamado a los historiadores y, en general, a los profesionales de las ciencias sociales para preocuparse por difundir sus avances investigativos a las nuevas generaciones y a un público más amplio.

En este sentido, la obra ofrece una discusión, capítulo a capítulo, de los contenidos de los referidos textos manejan sobre la antigüedad del hombre ecuatoriano, el origen de la cultura Valdivia y la cuestión del Reino de Quito. El autor discute los argumentos y al final de cada tema presenta una versión de la evolución de la sociedad aborígen desde la arqueología y etnohistoria. La discusión referida particularmente al Reino de Quito, desarrollada en el capítulo tercero, resulta de enorme interés por la forma de su tratamiento. Se inicia con una revisión de los orígenes de dicho mito, la versión de los jesuitas Anello Oliva y Juan de Velasco, pasando por una mirada al debate que suscitará en los años veinte, hasta ocuparse de la manera en que llegó a convertirse —por su asociación— en el origen de la nacionalidad ecuatoriana. A lo largo de su desarrollo aparecen puntualizadas las críticas del autor al tratamiento que se ha hecho del tema, la manipulación ideológica íntimamente ligada al conflicto territorial con el Perú y las razones de la persistencia del tema en la escuela.

El autor pone de manifiesto la "invasión inca" en la conciencia histórica del Ecuador contemporáneo evidenciada en la asociación del pasado prehispánico —y sus vestigios— como incas, dejándose de lado a las etnias que anteriormente ocuparon estos territorios y que han motivado a muchos, incluso, a reivindicarse como descendientes del Tahuantinsuyo. En el capítulo siguiente se aborda la historia de los ancestros y linajes

indígenas locales al ofrecerse una reconstrucción pormenorizada de la historia de la familia Duchicela y cómo se fue construyendo la dinastía con sorprendentes fábulas pintadas de academicismo para darles mayor verosimilitud.

La segunda parte, emprende en la descripción de la pérdida de importantes fuentes para el estudio de la historia aborígen ocasionada por el afán desmesurado de los buscadores de tesoros, que sin técnica ni metodología, se adelantan a los arqueólogos en las excavaciones e impiden la reconstrucción del pasado indígena. Con ello, el autor pone de manifiesto la difícil conservación del patrimonio cultural ecuatoriano en una sociedad que todavía no ha tomado conciencia del valor cultural de los hallazgos. Basado en impresionantes episodios de saqueos y de las aventuras vividas en las búsquedas infructuosas del tesoro perdido de Atahualpa en los Llanganates y de los derroteros de su paradero, nos muestra en devenir por el que atraviesan restos arqueológicos y cómo se van tejiendo las leyendas sobre ellos en la memoria colectiva de los ecuatorianos.

Para terminar, quisiera añadir que el libro posee cualidades de todo texto bien escrito, por su estilo transparente, sistemático e imaginativo. Hay que destacar la utilidad de los recuadros y gráficos que acompañan y refuerzan el texto. Esta obra sin duda cumple con su cometido de interesar sobre la historia aborígen de lo que hoy es el Ecuador, a un amplio público al que se dirige: estudiantes secundarios y universitarios, así como a docentes del nivel primario, secundario y aun universitario del país, en el que esta lectura contribuirá no solo a ampliar su conocimiento sino también a suscitarles numerosas inquietudes.

Pilar Cruz Zúñiga

Taller de Estudios Históricos, TEHIS

MARCOS CUETO (ED.), *SABERES ANDINOS: CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN BOLIVIA, ECUADOR Y PERÚ*, IEP, LIMA, 1995, 213 pp.

Uno de los temas poco estudiados en los países andinos ha sido la ciencia y la tecnología, saberes y prácticas que han estado vinculados a estrategias de supervivencia, mejoramiento de las condiciones de vida, instituciones, discursos, representaciones y proyectos políticos. Precisamente, en este libro un conjunto de historiadores de Bolivia, Ecuador, España, Estados Unidos y Perú, reflexionan sobre las diversas formas de interacción entre ciencia y sociedad en los países de la subregión andina desde el siglo XVIII al XX.

Estas investigaciones nos muestran, con lucidez analítica y sustento empírico, que los sistemas de saberes (profesionales, instituciones, lenguajes y "programas científicos", etc.) están articulados no solo con la producción de conocimientos, sino con la construcción de símbolos e identidades, y proyectos de poder que buscaban legitimación. Esta interrelación se puede observar tanto en los esfuerzos de las instituciones coloniales por eliminar ciertas prácticas médicas indígenas, en los intentos de los borbones por mejorar las condiciones tecnológicas de la producción minera, como en aplicación —muchas veces forzada— de los paradigmas de la Ilustración (progreso y racionalidad), en la construcción del Estado moderno andino.

Estos nuevos conceptos dieron sentido a las ideologías decimonónicas nacionalistas y racistas que legitimaron a los nuevos estados, y construyeron una imagen de alteridad

que planteaba bajo conceptos europeos de raza y de progreso, las fronteras entre "civilizados" y "bárbaros". En este sentido, los saberes estaban provistos de significados y valores que se diferenciaron de los conocimientos considerados no-científicos, y se convirtieron en la única fuente posible de significado y validez.

De la misma forma, significó la imposición de una racionalidad que intentaba destruir y/o absorber las diferentes experiencias, normas, conocimientos y vida tradicionales, con el afán de conseguir un orden coherente y homogéneo que posibilitara la extensión del control burocrático, y el aumento sistemático de las potencialidades productivas y económicas.

En la "Introducción", Marcos Cueto hace un recorrido por las principales tendencias de la historia de la ciencia y la tecnología, y considera que la falta de interés por estos campos se debe tanto al monopolio de la historia tradicional, la falta de conocimiento de materiales documentales, como a la progresiva pérdida de una visión global del pasado, por la tendencia de la historiografía hacia la especialización. Hasta hace poco tiempo, la perspectiva tradicional consideraba a la ciencia y a la tecnología como productos difíciles, extraños e importados por nuestros países. Mientras que en las actuales investigaciones se está reconociendo que el desarrollo y la dinámica de la ciencia y la tecnología están articulados al contexto social, a las respuestas, iniciativas y creatividad de los actores nativos. Estas nuevas perspectivas —como nos dice el autor— contribuirá por un lado, al debate pendiente acerca de que si existe una dinámica propia que caracterice el desarrollo de los países andinos, o si este desarrollo refleja las etapas que atravesaron los países industrializados. Y por otro, posibilitará estudiar la relación entre saberes oficiales y saberes nativos, por la importancia que tienen los factores étnicos en la estructura social, el conocimiento acumulados por los grupos indígenas y la construcción de las identidades en nuestras experiencias históricas.

El artículo de Suzanne Austin Alchon, "Tradiciones médicas nativas y resistencia en el Ecuador colonial", explora las prácticas y conceptos andinos y europeos sobre la medicina y reconstruye el aporte de las ideas hipocráticas en la medicina popular del Ecuador. Al mismo tiempo, Alchon muestra que las prácticas médicas y religiosas indígenas fueron formas eficaces de resistencia y estrategia de la sociedad indígena especialmente durante el siglo XVIII. La sociedad nativa preservó su identidad a través de la confianza reiterada en sus creencias, ceremonias, rituales y en los curanderos-shamanes, que fortalecieron los lazos internos y la organización comunal.

Eduardo Estrella, en su artículo "Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina en el siglo XVIII", estudia la trayectoria que tuvo la quina en las imágenes y prácticas médicas europeas. A partir del análisis de documentos escritos por dos nativos americanos y de los textos producidos por miembros de la Expedición Geodésica, el autor reflexiona sobre la relación del contacto entre el saber popular y la ciencia europea. A pesar de las bondades terapéuticas de la quina y del conocimiento aborigen sobre la planta, esta no fue suficientemente valorada por los científicos europeos.

El estudio de Kendall W. Brown, "La recepción de la tecnología minera española en las minas de Huancavelica, siglo XVIII", examina la participación de la tecnología minera española en la extracción y destilación del azogue, y la tentativa borbónica por modernizar Huancavelica. Muestra un panorama detallado de las condiciones de la producción minera, y de las rivalidades entre el gremio local, profesionales y autoridades del real gobierno. Asimismo, analiza los intentos de los mineros locales para aprovechar tanto los métodos inventados en el Perú, como de las tecnologías europeas importadas.

Jorge Cañizares, en "La utopía de Hipólito Unanue: comercio, naturaleza, y religión en el Perú", explora la forma de identificación y utilización de las ideas ilustradas y conservadoras por el científico peruano Hipólito Unanue, quien no solo lo expresó en la producción de conocimientos, sino fundamentalmente en la formulación de un proyecto que estuvo basada en la creencia sobre el carácter único del Perú, y en la necesidad de promover el "progreso". Este intento suponía explotar la riqueza natural, estimular el comercio, modernizar el transporte y la salud pública, y fortalecer los mecanismos e instituciones de control social de una población a la que se le consideraba inferior.

Seguidamente, Leoncio López-Ocón Cabrera, en su artículo "El nacionalismo y los orígenes de la Sociedad Geográfica de Lima", examina las condiciones políticas y sociales del nacimiento e institucionalización de la Sociedad Geográfica de Lima. Esta institución científica aparece tras la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico, en un esfuerzo de intelectuales y de la elite dirigente por reflexionar, resolver los diversos problemas y reconstruir el Estado peruano. El autor analiza el ambicioso programa científico y la dinámica interna de la institución, y muestra cómo los saberes científicos se ideologizaron para reafirmar una identidad nacional.

Manuel E. Contreras en su contribución "Ingeniería y Estado en Bolivia durante la primera mitad del siglo XX", analiza la profesionalización de la ingeniería en Bolivia, su relación con las empresas mineras extranjeras y con el sector público. El autor destaca la importancia de la ingeniería en la vida social, en los procesos de modernización, desarrollo económico y consolidación del Estado boliviano.

Finalmente, Marcos Cueto en "Guía para la historia de la ciencia: archivos y bibliotecas en Lima" nos entrega una valiosa información de documentos, fuentes, inventarios, catálogos de archivos y bibliotecas en Lima, posibles de ser utilizados en la historia de la ciencia y la tecnología.

La propuesta del libro sugiere un reconocimiento mayor de la ciencia, los saberes y la tecnología como elementos fundamentales que han intervenido activamente en la constitución de nuestras realidades, y el análisis de estos campos nos permitirá conocer nuestras posibilidades y limitaciones para enfrentar los retos de la alta modernidad.

Mauro Vega

Taller de Estudios Históricos, TEIHS

LUIS ANDRADE REIMERS, *SUCRE EN EL ECUADOR*, 2A. ED., BIBLIOTECA DE HISTORIA ECUATORIANA, VOL. 12, QUITO, CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 1995, 284 PP.

La aparición de este libro constituyó uno de los actos conmemorativos más importantes del bicentenario del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre (1795-1830). Esta segunda edición (la primera fue publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana de Quito en 1982) fue auspiciada por la Universidad Andina Simón Bolívar precisamente como homenaje al héroe. Pero la importancia intrínseca de la obra hace que trascienda a la coyuntura conmemorativa y tenga un lugar propio en la historiografía ecuatoriana.

Luis Andrade Reimers (Quito, 1917) tuvo una formación jesuítica clásica en el Colegio Loyola de Cotacollao, en esa época separado por varios kilómetros de Quito,

y en la Universidad Javeriana de Bogotá, donde obtuvo su licenciatura en Filosofía. Tuvo a su cargo las cátedras de Historia, Geografía y Literatura en el Colegio San Gabriel de la misma orden, donde publicó algunos libros de texto. Posteriormente realizó cursos de postgrado en la universidad de Chicago.

En el Ecuador trabajó en la empresa privada y a partir de sus sesenta años comenzó a publicar importantes obras históricas. Su "primer amor" en este campo fue Atahualpa, alrededor de cuya figura y su época giraron sus primeras contribuciones: *Hacia la verdadera historia de Atahualpa* (1978), *La conquista española de Quito* (1981), y *La campaña de Atahualpa contra el Cuzco* (1985). Los tres libros se caracterizaron por una laboriosa revisión bibliográfica y documental en el Ecuador, Perú y España y una original, si bien discutible, interpretación. Algunos de ellos merecieron una segunda edición y recibieron importantes distinciones, como el Premio Tobar del Municipio de Quito y el del Instituto Hiliar de Guayaquil. De esos libros surgieron otras obras de síntesis: *El siglo heroico*, que se refiere a la centuria que abarca los últimos años de la época aborígen y los primeros de la colonial, y la *Biografía de Atahualpa*.

También ha publicado *Auge y decadencia de los Pueblos-Guías* (1987), una reflexión sobre la historia universal, quizá a la manera de Arnold Toynbee; varias obras literarias y, ya en el tema que nos ocupa, Sucre, soldado y patriota.

Sucre en el Ecuador es exactamente eso: una biografía del héroe y sus actuaciones en este país. En el capítulo primero aparece el joven general, entonces de 26 años, dirigiéndose hacia el actual Ecuador para iniciar la obra libertaria que habría de culminar en la Batalla del Pichincha. Sus "antecedentes personales" se dan "a grandes rasgos" (p. 14) en unos pocos párrafos. Y después se aclara que "lo que el general Sucre hizo en el Perú y Bolivia desde abril de 1823 hasta septiembre de 1828 en que volvió al Ecuador está fuera del tema de este libro" (p. 181). Y por si quedara alguna duda, en el último capítulo "volvemos a recordar al lector que el tema de este libro es SUCRE EN EL ECUADOR, o sea, que el día en que el Mariscal Sucre llegó a Pasto para no pisar más tierras ecuatorianas, nuestra reconstrucción, al llegar ahí, habrá también terminado" (p. 266).

El libro está dividido en tres partes. En la primera, titulada "El caudillo" (pp. 13-179), se estudia en detalle la actuación de Sucre en el Ecuador desde su llegada a Guayaquil, su campaña independentista, su triunfo en Pichincha y la administración del país luego de su independencia. La segunda, "Radiaciones impalpables del corazón" (pp. 181-233) se refiere a los 5 años que dedicó a luchar por la libertad del Alto y Bajo Perú y al gobierno de Bolivia, salvo que los acontecimientos de su vida pública, con ser tan notables, quedan como simple telón de fondo frente a lo que es el tema central: su amor por la joven aristócrata quiteña Mariana Carcelén y Larrea, heredera del marquesado de Solanda, con quien se casará por poder en 1828. La última parte, "El hombre" (pp. 235-271) se refiere a los dos últimos años de la vida de Sucre, que los pasa en el Ecuador, su participación en la batalla de Tarqui, el nacimiento de su primogénita y su viaje a Colombia, donde habría de morir asesinado. La obra se cierra con un apéndice que cuenta la "Historia de los despojos mortales de Sucre" (pp. 273-280).

La metodología del libro es igualmente clara. La mayor parte de la investigación, mucho más fácil, según el propio autor, que la que dio sustento a sus trabajos sobre el siglo XVI, se basa en el "Archivo de Sucre", colección de varios volúmenes en que la Fundación Vicente Lecuna de Caracas ha ido publicando cronológicamente los documentos suscritos por el personaje, especialmente sus cartas. Con ellas, "por fidelidad

histórica y prevención de posibles tergiversaciones habríamos preferido hilvanar simplemente los materiales de Lecuna en una especie de autobiografía de Sucre", tarea que "se ha conseguido en buena parte". Además de ello el autor se ha limitado a reconstruir "tanto la hilación de los hechos como el marco geográfico y ambiental", así como a completar la documentación de Lecuna, que llega solo hasta agosto de 1825 (p. 10). Pero eso no es todo. El propio autor explica que, salvo unos pocos casos, "hemos procurado evitar el testimonio de los historiadores modernos por valiosos que éstos sean. De hecho hoy día sus opiniones nada tienen que hacer ante los testimonios directos publicados por Lecuna". (p. 11).

La metodología escogida define el carácter del libro. Andrade Reimers consigue recrear, en efecto, la visión de primera mano que Sucre tuvo de los acontecimientos en los que participó, e incluso dar a su obra el interés de una suerte de "autobiografía". Pero, en cambio, se escapa la gran panorámica que solo el historiador puede conseguir, porque dispone de la privilegiada perspectiva de los siglos y, sobre todo, porque tiene la oportunidad –y la obligación– de interrogar al pasado desde el presente y así revelar significados nuevos y más profundos de los acontecimientos pretéritos, que suelen pasar desapercibidos para sus contemporáneos, incluso los más geniales.

No es cierto que los documentos "hablen por sí mismos", como se suele decir. Es el historiador quien los interroga, los une, los relaciona y los interpreta. Y al hacerlo ciertamente que corre el riesgo de caer en "posibles tergiversaciones", pero también tiene la posibilidad de ofrecer una visión más profunda y verdadera que la que todos captan en la superficie de los hechos. Sin negar, entonces, la novedad y el interés de la "autobiografía de Sucre" que comentamos, hay que anotar que no alcanza la profundidad y la pertinencia del *Simón Bolívar* de Gerhard Masur o de *El Rey de la Noche*, la reciente biografía política de Juan José Flores escrita por Mark Van Aken, para citar dos estudios biográficos escritos en este siglo sobre otros tantos amigos de Sucre.

Esas limitaciones se ponen de manifiesto, por ejemplo, cuando en el libro se afirma que "esto [la explotación del indio por parte de los españoles] era lo que venía a romper el general Antonio José de Sucre a nombre de la raza autóctona y criolla de América" (p. 83). Más allá de las intenciones personales del héroe, el movimiento independentista al cual él servía era mucho más complejo que un simple enfrentamiento entre "patriotas" y "españoles", como lo ha demostrado la historiografía actual, y entre sus consecuencias no se puede contar el fin de la explotación del indio y seguramente ni siquiera el ablandamiento de la servidumbre a la que había estado sometido.

Pero señalar ciertas limitaciones no significa negar que "esta obra es, sin duda, uno de los más significativos y originales aportes que se han producido en el país al conocimiento de la figura de Antonio José de Sucre", como dice Enrique Ayala Mora en la "Presentación" (p. 7). Luis Andrade Reimers ha escrito una obra muy suya: sería, bien trabajada, interesante, que se lee casi como una novela; ciertamente recomendable, en suma, para cuantos quieran conocer mejor al Sucre "ecuatoriano".

Carlos Landázuri Camacho

Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

BLANCA MURATORIO (ED.) *IMÁGENES E IMAGINEROS. REPRESENTACIONES DE LOS INDÍGENAS ECUATORIANOS, SIGLOS XIX Y XX*, FLACSO, QUITO, 1994, 293 pp.

Si bien los indígenas ecuatorianos de los años 1990 se auto-representan activamente y han logrado un diálogo directo con el Estado, en cambio, en el siglo XIX y gran parte del siglo XX, la representación del indígena era el dominio de varios monólogos blanco-mestizos. Esto es el punto de entrada de *Imágenes e imagineros*, un libro innovador e importante que estudia el papel desempeñado por el indígena ecuatoriano, no como sujeto histórico, sino como sujeto imaginado. La colección reúne cinco autores quienes abordan desde varios enfoques la relación entre las representaciones del indígena y los contextos históricos que las produjeron.

Los imagineros decimonómicos-misionarios, políticos, viajeros, etnógrafos, etc., representaron al indígena como el "Otro", dentro de un paradigma que contrapuso la civilización a la barbaridad. En parte, 'el indio' era un espejo que reflejaba los intereses, inquietudes e ideologías de los mismos imagineros. Pero, también las representaciones como construcciones culturales eran centrales para la invención de una identidad nacional. Es decir, en el Ecuador decimonón, como en otros países andinos, surgió la necesidad —tanto para legitimizar su poder sobre una población étnicamente dividida como para crear una conciencia diferenciada de sus raíces hispánicas— de incorporar una imagen del indio a la definición del estado-nación.

Los artículos de Blanca Muratorio y Andrés Guerrero abordan a fondo la relación entre "indio" y "nación", analizando los imagineros en momentos críticos de la historia republicana. Para investigar la interrelación entre nación y etnicidad en el poco estudiado período del Progresismo (1884-1895), Muratorio examina el arte, la literatura, y los textos ecuatorianos producidos para varias exposiciones mundiales. Como parte una 'guerra de símbolos' un período de lucha entre la hegemonía conservadora-católica y una emergente ideología liberal, el indígena se volvió un 'peón semántico' de la clase burguesa en sus esfuerzos por representarse frente al mundo como un país moderno y progresivo. Por el pabellón ecuatoriano en Madrid (1892), por ejemplo, el nacionalismo inventado incorporó un pasado indio idealizado (el de los incas) y un futuro indígena optimista, encarnizado en los otavaleños cuyas características "industriosas" y su folclore comerciable cuadraron bien con los valores del liberalismo económico.

Guerrero, por su parte, ofrece un análisis iluminante sobre la relación cambiante entre las representaciones del indio y su uso político. En la república temprana, a pesar de un consenso de representaciones del indio —oprimido y miserable, ignorante e irracional— este no se tradujo en un discurso político coherente sobre el indio. Si bien la imagen del 'indio oprimido' sirvió como arma retórica contra España en la independencia, el valor político del indígena para los criollos se redujo con la abolición del tributo en 1857 cuando el indígena desapareció de los registros públicos, y el Estado conservador dejó la dominación étnica al sector privado. Guerrero plantea que este vacío discursivo permitió que los liberales al fin de siglo pudieran reactivar el uso político del indio, culpando de su miseria a la alianza partido conservador-iglesia. Así, lograron auto-representarse oficialmente como libertador y protector de 'la raza oprimida,' y monopolizar un puesto estratégico como "ventrílocuo" entre los indígenas y la nación. Juntos, Guerrero y Muratorio re-establecen el fin-de-siecle como un momento de cambio en la historia ecuatoriana. Es en las vísperas del siglo XX que se nota los inicios de un Ser

Nacional, construido en torno a la "ficción maestra" del mestizaje que incluía el indio idealizado distante mientras excluía a los indios reales. Tomando en serio el contenido cultural de las luchas políticas entre liberales e Iglesia, los autores muestran la importancia del indio imaginado como eje central de la identidad criolla y su legitimidad política.

La contribución de Jill Fitzell analiza la producción e impacto de los textos de los viajeros europeos en el siglo XIX. Dirigidos a una creciente audiencia letrada europea, los textos intentaban ser a la vez creíbles y entretenidos. Esta mezcla del realismo científico y un exotismo que dominó la representación del indio-otro tuvo influencia no solo en Europa, sino también en el Ecuador. Es decir, las elites se mostraron receptivas social e ideológicamente a la contraposición de barbarie y civilización, una dicotomía que redujo el alcance de lo imaginable de los criollos y limitó su política nacional sobre el indígena.

Si bien la ideología del "indio como bárbaro" era una constante para los imagineros no-indígenas, los estudios de Anne Christine Taylor sobre los 'Jívaro' y de Laura Rival sobre los Huaorani, muestran que la valorización del otro no-civilizado podría transformarse. El Jívaro, por sus características tan opuestas a la civilización europea —anarquista, independiente, irreligioso, bélico, viril— surgió como 'una categoría específica en la reflexión socio-política' por los imagineros europeos y criollos. Sin embargo, a pesar de que esta imagen se reprodujo desde las crónicas del siglo XVI hasta los textos escolares de hoy en día, el uso de ella se ha alterado para conformarse con los intereses de los imagineros. Taylor muestra, por ejemplo, como en el siglo XIX las características estereotipadas de los Jívaros se volvieron indispensables para que los proto-liberales inventaran una identidad nacional —individualista y viril— para auto-representarse ante el mundo.

Rival, quien estudia las representaciones de dos episodios en que los Huaorani asesinaron misionarios, observa un proceso similar de revalorización del indígena dentro de "la conciencia nacional". Capturado en la prensa nacional, el primer incidente en 1956 impulsó una condena universal de los Huaorani, pintándolos como enemigos no solo de los religiosos, sino también de los preceptos sagrados de civilización y modernización. Pero, mientras el clima económico y político de los años 1950 requería una marginalización del Oriente, treinta años después, el movimiento ecológico y —sobre todo— la cuestión territorial, generaron una revalorización del Oriente. Así se explica porqué la reacción nacional al asesinato de 1987 era la de concebirlo como una resistencia justificable contra los males del capitalismo y la civilización. Tanto Rival como Taylor plantean que este nuevo prestigio que se otorgó a los grupos étnicos 'selváticos', reflejó un reconocimiento de la importancia geopolítica de una región históricamente marginalizada y la necesidad de incorporarla a la identidad nacional.

Este es un libro importante, pionero en su enfoque, y un aporte metodológico a la historia de la construcción de la nación en los Andes. Por otro lado, *Imágenes e imagineros* es ejemplar en su habilidad de problematizar e historizar la cultura, identidad e ideología de las elites. De modo importante, tal enfoque nos recuerda la imposibilidad de hablar de la "resistencia" o escribir una historia "desde abajo", sin tomar en cuenta el contexto más amplio y complejo del poder. Por otro lado, la colección enfatiza el papel significativo del otro-étnico como un efecto discursivo; es decir, cómo la incorporación del indio podría producir tensiones y ambigüedades que todavía militan en la conciencia nacional y amenazan la hegemonía política.

A pesar de sus logros, sin embargo, tal enfoque es limitado. Como señala Muratorio en su introducción, un reto central de la antropología histórica yace en estudiar las culturas "dominantes" y "subordinadas" como constituidas mutuamente (p. 10). Pero, a los autores no les interesa cómo estas representaciones se tradujeron en políticas concretas, y así, pierden la oportunidad de estudiar tales interrelaciones. Hay que reconocer que los significados de etnicidad y nación se negocian no solo a nivel nacional o internacional —en el Congreso, las exposiciones mundiales, la prensa quiteña, etc.— sino también en el ámbito local: en los cortes municipales, las fiestas, las haciendas. No se puede suponer que un Estado central débil dictaba las reglas de juego, sino que la formación de las ideologías y hegemonías dominantes estaban bajo negociación en las interacciones concretas y constantes en que los indígenas enfrentaron los discursos y proyectos 'nacionales'. Por ejemplo, ¿qué entendían los indígenas por 'nación', 'ciudadanía' u 'obras públicas', y ¿qué implicaban estas interpretaciones alternativas para la República en formación? Así, queda por analizar —replanteando varios temas de este libro— las luchas cotidianas y mundanas entre grupos étnicos y sociales sobre los significados culturales del mundo cambiante del siglo XIX.

Derek Williams

State University of New York-Stony Brook
Investigador Asociado, UASB-Ecuador.